

Alejandro Salafranca, Tomás Pérez Vejo (prólogo de Jon Juaristi). *La conquista de la identidad. México y España, 1521-1910*. Turner, UANL, 2021, 280 pp.

Luis Rius Caso

Instituto Nacional de Bellas Artes (México)

Se prefiere la historia del México prehispánico a la del virreinato, porque es
remota e inofensiva
(Guillermo Tovar de Teresa)

Con todo y las polarizaciones de ideas y creencias que padecemos en la actualidad mexicana, cabe advertir que corren buenos tiempos para repensar la Conquista de México y el virreinato, desde parámetros diversos a los que han emparentado a las visiones de estado heredadas del siglo XIX, con la historiografía académica a modo, de entonces y de ahora.

La legendaria estatua de Cristóbal Colón es removida del Paseo de la Reforma y el presidente de México solicita a la monarquía española disculpas por la conquista, pero también se publican obras que rompen con los abordajes históricos victimizantes o que plantean un nuevo posicionamiento del país en el presente y en el futuro del panorama mundial, a partir del impulso ancestral de los pueblos originarios y su accidentado pero ininterrumpido devenir, o, desde otra perspectiva, a partir una conciencia que repare ausencias, vacíos, ninguneos, fabulaciones reiteradas, áreas inexploradas de la historia. Tiempos de pensar y hablar de y desde la decolonización, pero también de historias académicas (pienso en Antonio Rubial), y abiertamente no académicas (pienso en la muy reciente de Pedro Salmerón Sanginés), que señalan nuevas rutas para explorar la panhispanidad, el universo novohipano, las relaciones entre vencedores y vencidos, la complejidad de un virreinato (que no colonia), de grandes alcances como parte constitutiva y fundamental de la monarquía y del México de hoy.

Cercana a esta segunda línea, pero asentado en su propia fragua de conceptos y planteamientos, se ubica el magnífico libro publicado por Turner, en 2021, *La conquista de la identidad. México y España, 1521-1910*, de Alejandro Salafranca y Tomás Pérez Vejo. El título enuncia muy bien la originalidad del contenido: dos análisis comparativos de la visión de la conquista y de la Nueva España que tuvieron la monarquía española, en primer término, y el Estado moderno español, después, al constituirse como tal en el primer tercio del

siglo XIX, en paralelo y en contraste al que de los mismos asuntos tuvieron los novohispanos (sobre todo la conciencia criolla) y el Estado moderno mexicano, después, a través de la pintura académica.

Dos visiones a lo largo de cuatro siglos, como dos espejos que no pudieron enamorarse de su semejanza (parafraseo un verso de Octavio Paz), porque ambas entidades se observaron muy diferentes entre sí y carecieron de visión para reconocer semejanzas posibles. Percibir la dualidad permite profundizar en consecuencias históricas que sólo podíamos conocer parcialmente ¿Ejemplos? Nos los proporciona Salafranca: el desgarramiento identitario de novohispanos y mexicanos al no encontrarse representados en el discurso iconográfico de la monarquía de la que formaban parte, y la condición fantasmal de los españoles de América, satanizados por los mexicanos y a la vez desconocidos en su particularidad por la corona y por el Estado español.

Acompañado por un magnífico prólogo de Jan Juaristi, que suscribe y refuerza varias de las tesis de los autores, el libro significa un verdadero acontecimiento editorial. Dividido en dos partes, la primera la ocupa el ensayo de Alejandro Salafranca dedicado a la Conquista de México en el arte novohispano y de la monarquía católica. Como lo ha hecho en otros estudios relacionados con estos temas —uno de los cuales dio pie a una gran exposición en la Ciudad de México—, Salafranca despliega su admirable erudición a través de una pluma inspirada, de valor literario, capaz de construir dispositivos ficcionales que le permiten abordar datos duros, planteamientos conjeturales y reflexiones que desarrollan su aparato crítico e interpretativo.

Uno de estos dispositivos, de gran pertinencia historiográfica además de literaria, consiste en una “ucronía pedagógica” formada por una comitiva de visitantes de distintas latitudes a espacios de la realeza que, en diferentes épocas de los Austrias y los Borbones, muestran la poderosa propaganda bélica de la monarquía española. En la comitiva que reúne súbditos, amigos y enemigos de la corona, se encuentra un *pilli*, un noble nahua, aliado, de los que tuvieron una respuesta resiliente y pasaron de ser vencidos a vencedores, colaborando además en la extensión bélica del imperio hacia la chichimeca, las tierras mayas del sur y las Filipinas. Nos identificamos con el noble en su recorrido de tres siglos, en su decepcionada búsqueda de la Conquista por cuatro temáticas principales, en las que no encontrará lo que su mirada anhelante busca con afán. Nos preguntamos con él sobre las causas de tan ofensivo vacío, teniendo en mente el sudor, la sangre, los méritos de castellanos y aliados indígenas que siglos atrás “dieron más tierra a la corona que mil cruzadas, que mil encamisadas y contraminas en Flandes, que cien victorias pírricas en Italia o que un puñado de batallas contra la Sublime Puerta”.

Pródigo en el análisis de las razones tanto de austrias como de borbones que hicieron patente este “duradero y arraigado pacto de silencio sobre la

conquista”, con sus consecuencias en los destinos de las futuras naciones, el autor prosigue su recorrido por el siglo XIX, en las representaciones artísticas de la otrora monarquía católica plurinacional, devenida en pequeño y poco influyente Estado-Nación. Sobresalen, ahora sí, marcadas por la nostalgia, importantes pinturas históricas sobre el continente americano, en las que destacan pinceles, como los de Ferrer Dalmau, que registran la conquista del territorio que para esa época ya se llamaba México.

El siguiente apartado lo dedica Salafranca a la contraparte: la naturalización novohispana de la narrativa de la conquista, resaltando las visiones y apropiaciones no ya de los vencidos, sino de los indios y los *altepetl* (ciudades-estado) vencedores. Es ésta una de las principales aportaciones de este autor, interesado en deconstruir y reconstruir la memoria heredada de estos complejos tópicos.

A partir de un meticuloso análisis de las fuentes históricas principales de la conquista y de las que se derivan de éstas, como son las de Chimalpain, Tezozomoc, así como de otras generalmente menos trabajadas y que permiten ver más allá del Anáhuac, como las de Alva Ixtlixóchitl, Muñoz Camargo y el Lienzo de Tlaxcala, entre las principales, Salafranca encuentra importantes correlatos y conexiones con representaciones artísticas y visuales que dotan a su ensayo de una notable originalidad y más aún, de una legitimidad intelectual sobresaliente. Como sucede también con Pérez Vejo, el autor va más allá de la historia y va más allá de la historia del arte.

Su paso por estas fuentes escritas y visuales le permite registrar y poner de relieve a los *altepeme* victoriosos que exhibieron su carácter de conquistadores cuanto les fue posible, y pelearon por sus derechos y privilegios allí donde fue necesario, tanto en los desiertos y las minas potosinas y coahuilenses, como en los valles de México, de Puebla-Tlaxcala, en las riberas del lago de Texcoco o en las fundaciones de la Centroamérica maya.

En contraposición a la uconía que situaba al desencantado noble nahua o tlaxcalteca u otomí en la comitiva que visitaba los espacios del poder real en Madrid, Salafranca propone otra en la Nueva España, que incluye a un atónito vástago de los Alba, quien observa óleos con representaciones de, por ejemplo, un ejército de indios enarbolando la bandera del águila bicéfala, acompañados por el Apóstol Santiago, conquistando territorios más vastos que Castilla entera. Con este Alba apreciamos la luminosa interpretación de Salafranca de los temas en los cuales es un especialista consumado: las pinturas de biombos, los enconchados y la pintura académica de la Nueva España, orgullos de la identidad novohispana y mexicana.

La segunda parte del libro ocupa el ensayo de Tomás Pérez Vejo, quien también presenta, como es frecuente en él, aportaciones temáticas y metodológicas. Comienza por situarnos en la problemática que supone para la

construcción de memoria histórica, el imperativo de los Estado-Nación, el de México y el de España, de utilizar el arte para construir relatos iconográficos orientados a la invención de un pasado y de un destino. Somos aquello que nos contamos que somos –dice el autor– y una nación es en esencia, solo la fe en un relato.

Es éste el que determina la importancia de los hechos y no al revés, y son las pinturas de historia el punto de partida de esos grandes relatos, de esas narraciones que anularon la existencia del virreinato, por diferentes razones. Asunto inexplicable, a pesar de que se entienda al considerar los intereses y necesidades semánticas de cada Estado-Nación, cuyas repercusiones serán tangibles en la pobreza de las visiones sobre ese pasado que no se entiende como una realidad en sí misma, y en debates de gran calado que enfrentaron al Méjico escrito con “j” con el México escrito con “x” o a posturas acrisoladas en ideologemas de raigambre latinoamericanista, hispanista y panamericanista.

El estudio de Pérez Vejo arroja luz sobre lo que mexicanos y españoles nos hemos contado sobre estos temas. Cada país encontrará las imágenes capaces de representar la historia “como realmente ha sido”. En el caso de México estudiará sobre todo la pintura de historia académica que se ajusta a la nación liberal, finalmente victoriosa, obstinada en criminalizar la conquista y encerrar a la colonia (así pensada, así nombrada) en un largo paréntesis situado entre el verdadero origen, el mundo prehispánico, y el mundo moderno que los liberales protagonizaban.

Un origen prehispánico, cabe añadir, del cual se reconocía la extraordinaria belleza y originalidad de sus producciones escultóricas, pictóricas y arquitectónicas, pero sin atreverse a considerarlo arte, todavía. Esto ocurriría hasta el siglo XX, con Diego Rivera y el poeta-crítico-historiador José Juan Tablada, cuya *Historia de Arte Mexicano* de 1923 se opondría a la de los conservadores en el hecho de situar sin titubeos los orígenes del arte nacional en las diversas representaciones mesoamericanas.

En el luminoso ensayo de Pérez Vejo desfilan como almas en pena los españoles de América que España no quiso ver y que México anuló y satanizó. También los conquistadores que la nación española mistificó en el siglo XIX y los que la nación mexicana criminalizó, a través de un imaginario liberal que fue añadiendo sangre desde la República restaurada (1867-1876) y, más aun, en el porfiriato en el nacionalismo posrevolucionario.

Vengados “los manes de Moctecuzoma”, como quiso asentar un importante historiador liberal, al abrir el Congreso de Apatzingán a José María Morelos y Pavón –nos relata Pérez Vejo–, la historia por venir terminará imponiéndose sobre la conservadora, perfilando con ello el mito del origen de los mexicanos como descendientes de Cuauhtémoc y de los mexicas, aun cuando hablaran castellano y abrazaran con devoción la fe católica, y despreciaran al indio vivo,

al “peladito” tramposo que sobrevivió en autores de primer orden del siglo XX, como Samuel Ramos.

En estos usos y abusos de la memoria construida —que no de la historia—, abierta a lo que el cliente necesite y pida, el autor encuentra una continuidad entre el final del siglo XIX mexicano, manifiesto en las pinturas de historia de la Academia de San Carlos, y las apropiaciones actuales de la 4T. Es un *continuum* de historias de Estado en verdad impactante que invita a quien esto escribe a imaginar una gran exposición que, con el título de este libro, presente en tres salas varias de las obras que Salafranca y Pérez Vejo mencionan, incluidas estatuas y monumentos censurados en ambos países durante 500 años. Sería un manjar didáctico y visual.

Más interesado en los contenidos que en los valores plásticos de la pintura académica mexicana, Pérez Vejo nos deja una lección ejemplar sobre el abordaje iconográfico y contextual de las obras que estudia, al enmarcarlas en su campo institucional y en la recepción crítica de origen. Construye así documentos que apuntalan con todo rigor su historia, a contrapelo de los malos cuentos que sobre estos temas nos hemos contado en los dos países.

Innovadoras y altamente propositivas, las visiones de ambos autores se antojan en una relación dialógica, no sencilla ni de coincidencias necesariamente sonrientes, con otras visiones que en nuestros días intentan deconstruir o al menos ir más allá de las narrativas oficialistas. Muy cerca de las tesis dedicadas al barroco de Bolívar Echeverría, Salafranca reivindica en los novohispanos su creatividad en la apropiación de rituales, códigos del nuevo orden y prácticas simbólicas, que en un momento dado les permitió dar un golpe de autoridad y asumir su plena originalidad. Algo muy similar al milagro guadalupano, analizado en páginas maestras por Bolívar, que supuso una negociación de alcances suficientes para construir un símbolo que realmente pudiera sentirse y adorarse como propio.

Cabrían muchos ejemplos en este sentido. Me referiré a uno que tiene que ver con los rastreos genealógicos que desde diferentes enfoques buscan develar los dispositivos que redujeron al universo de las muy diferentes culturas originarias, a la síntesis ontológica “del indio” o cuando más, en el pasado remoto, de cinco culturas con predominio de la azteca. Encontramos pistas en las necesidades de una nueva narrativa histórica novohispana, mexica-hispana, detectada por Salafranca en el siglo XVII, tendiente a legitimar en ese binomio centralista “una historia del reino lo suficientemente fuerte, unívoca y grandiosa para sustentar con los cimientos de un pasado incontrovertible los retos de un futuro que intuían promisorio”. Al entregar Moctezuma de buen modo el reino a Cortés (según la iconografía, claro), los aztecas ganaron la representatividad simbólica que cobijó legalmente a la conquista y descubrió a quienes no quedó más remedio que ser aztecas, ante la mirada de los

occidentales. Y también, leyendo a Pérez Vejo, encontramos indicios en el proceso nacionalizador mexicano que, en su historia en blanco y negro, de buenos y malos, no podía configurar la bondad indígena con lo que podrían representar culturas difíciles de embonar, como la tlaxcalteca, sobre todo. De ahí que todo el México prehispánico fuera azteca (y a veces, un poco maya, zapoteco, olmeca). Puntualiza Pérez Vejo: “Era problema de los tlaxcaltecas si no habían sido capaces de adivinar el futuro”.

El magnífico diseño editorial que caracteriza a los libros de Turner, así como las muy dignas ilustraciones ubicadas en un apartado al principio, son elementos destacables en este bello objeto, en este acontecimiento editorial, como dijimos al principio, que lo es más por su trascendente contenido.